

ROMA, BASÍLICA DE SAN PEDRO, 24 de junio de 2011

Bodas de plata de la dra. Magalis Aguilera como consagrada en el ORDO VIRGINUM.

HOMILÍA DE LA SANTA MISA CELEBRADA POR

Su Eminencia Reverendísima Raymond Leo, Cardenal BURKE.

Traducción: Magalis Aguilera, v.c. de Usa.

Gloria Irene Álvaro, v.c. de España.

¡Alabado sea Jesucristo ahora y siempre!

Es muy raro que en la Iglesia se celebre el nacimiento de un santo. De hecho, los únicos nacimientos que se celebran en el Calendario de la Iglesia son el nacimiento de Nuestro Señor Jesús, el nacimiento de la Madre de Dios, la Santísima Virgen María, y el nacimiento de San Juan Bautista. Esta fiesta significa, de una manera muy particular, el papel importante e insustituible de San Juan el Bautista como el último de los profetas del Antiguo Testamento, y es el de anunciar la venida del Redentor, el Hijo de Dios en nuestra carne humana, para salvarnos de nuestros pecados, un cargo, un servicio, a los que se entregó con todo su corazón, con la efusión misma de su sangre en testimonio y fidelidad a la verdad, la verdad de la ley de Dios, la verdad de la venida del Salvador.

Para nosotros, esta fiesta es un tiempo para reflexionar sobre el misterio de nuestra vocación en Cristo, y por lo tanto, muy apropiadamente, sobre esta celebración, que conmemora 25 años completos de la virginidad consagrada vivida en el mundo de Magalis Aguilera, y coincide con el cumpleaños de San Juan el Bautista. Porque hoy, de una manera especial, al celebrar con Magalis damos gracias a Dios Todopoderoso por la vocación que recibió de Él, a la vida de la virginidad consagrada vivida en el mundo, y esta nos ayuda mucho en nuestra acción de gracias al reflexionar sobre la vida de San Juan Bautista.

Es cierto, en efecto, que Dios tiene un plan para cada uno de nosotros desde el momento de nuestra llegada a la vida de Cristo en el Bautismo, y nos regocijamos hoy en el plan que tenía para Magalis, que sería desposada para siempre con su Hijo unigénito como su esposa, que le ofrecería a Dios el don de la virginidad, para que Dios la pudiera desposar, a través de su Santa Iglesia con su unigénito Hijo para siempre en la vida de la virginidad consagrada. Nosotros vemos en la vida de San Juan el Bautista que, como las Escrituras nos dicen, desde su concepción en el vientre de su madre él estaba destinado a cumplir con una vocación muy elevada y particular, es decir, ser el heraldo de la venida del Salvador. Así también, nos regocijamos hoy ante el hecho de que Magalis, desde el momento de su concepción, de su

nacer a la vida en Cristo por el bautismo, fue llamada por Dios para entregarse fielmente y totalmente a Cristo como su esposa a través de la consagración de vírgenes que viven en el mundo .

Hay dos aspectos tomados de las lecturas de las Sagradas Escrituras de hoy los cuales podemos destacar con muy abundante fruto como meditación sobre la vocación de San Juan Bautista y como meditación sobre la vocación de Magalis Aguilera a la consagración virginal vivida en el mundo. La primera es que, aun cuando la vocación de San Juan Bautista fue exclusivamente para anunciar a nuestro Señor Jesucristo, ser para Él, atraer a otros hacia Él, eso nos dice que, también, en cada una de nuestras vocaciones, ya sea en la vida matrimonial, la vida de solteros consagrados , la vida consagrada, específicamente la virginidad consagrada vivida en el mundo, o el sacerdocio, hemos de ser para Cristo y atraer a otros a Cristo a través de la fidelidad con que respondemos a Su llamada. La virgen consagrada, de una manera muy particular, es constituida, a través de la oración de consagración, como una persona sagrada en la Iglesia, para señalarnos a Cristo (a todos nosotros) . Así como Cristo es, para la virgen consagrada, su todo, su plenitud, así entendemos que Cristo debe ser también nuestro todo . En el cumplimiento de los deberes de nuestra vocación y nuestros deberes cotidianos en la vida, todo debe ser ofrecido a Cristo, a la mayor honra y gloria de Dios Padre.

La segunda meditación que debemos hacer es sobre la finalidad de nuestra vocación. En las Sagradas Escrituras, escuchamos cómo la persona que está llamada por Dios y responde a la llamada puede, en algunas ocasiones, ser tentada de pensar que todo ha sido inútil, debido a los fracasos y las dificultades que se encuentra a lo largo del caminar, por los malentendidos, incomprendiones -- muchos de ellos derivados de los efectos del pecado original que nos aquejan a lo largo de nuestra vida aquí en la tierra-- . Pero, en nuestra vocación, llegamos al conocimiento de que, a través de las pruebas y a través de las dificultades, las dudas, los temores, y a través de los sufrimientos que surgen inevitablemente en cualquier vivir, se reafirma la victoria de nuestro Señor Jesucristo. Él es nuestra recompensa, y nuestro premio será tenerle a Él en el reino de los cielos.

En esta vida, en esta peregrinación terrena, sólo tenemos una cosa por la cual preocuparnos, y es que nos entreguemos con fidelidad cada día para ser testimonio en nuestro amor por Nuestro Señor Jesucristo. Entonces, no nos debemos lamentar en medio de las dificultades que enfrentamos. No tenemos que preocuparnos acerca de la incomprensión que sufrimos, los sufrimientos que nos llegan de los que están cerca de nosotros. Ponemos todo esto en las manos de Dios, su Providencia, y confiamos y estamos seguros de que Él no dejará de ser nuestra recompensa. Él conducirá todo dentro de su Victoria en la vida eterna en el Reino de los Cielos, si sólo nos mantenemos fieles, si nos esforzamos, cada día, en entregarnos completa y totalmente a él. Este es un testimonio particular que le es dado a la virgen consagrada que vive en el mundo. Ella es, tal como el Rito de Consagración nos recuerda, una señal del destino eterno de cada una de nuestras vidas, para estar con Cristo en compañía del Padre y el Espíritu Santo, en compañía de todos los santos y los ángeles, en el Reino de los Cielos. Por su desposorio con Nuestro Señor

Jesucristo, por la fidelidad y totalidad de su vida para El como una persona sagrada en la Iglesia, ella es, para nosotros, un signo de la victoria final, que Cristo ha ganado para cada uno de nosotros por su Pasión, Muerte y Resurrección.

Hay una meditación más que debemos hacer hoy, porque hoy no es el aniversario real. Es el año 25, de 25 años, de hecho, que ya se han completado. Magalis ha entrado en el 26^o año de su consagración. Ella fue consagrada el 22 de febrero de 1986. Y, como todos ustedes saben, es la fiesta de la Cátedra de San Pedro. ¡Qué apropiado para celebrar los 25 años de su consagración en la Basílica de San Pedro Apóstol, construida sobre el lugar exacto de su sepultura, la Basílica en la que su cátedra está, de una manera especial, honrada por un altar en particular detrás del altar mayor y debajo de la ventana del Espíritu Santo.

Nosotros queremos simplemente traer a nuestra mente, como estoy seguro que Magalis entendió cuando eligió ese día para su consagración, y como cada virgen consagrada entiende, de una manera particular, que por su desposorio con Nuestro Señor Jesucristo, ella se obliga, a una devoción y amor muy particular al Sucesor de San Pedro, el Romano Pontífice y los Obispos en comunión con él, especialmente a su propio Obispo diocesano.

Hoy, al celebrar la Misa en esta Basílica, oramos, de una manera muy particular, por nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XVI, que está próximo de celebrar los 60 años de su sacerdocio en el próximo 29 de junio. Pedimos que así como Magalis, por su vida, ha mostrado una señal de devoción al Supremo Pastor de la Iglesia, el Sucesor de San Pedro, así pueda el Santo Padre ser consolado y fortalecido por la devoción y el amor de muchos fieles, los cuales dan gracias a Dios por su sacerdocio y, en particular, por su llamamiento a la Sede de Pedro.

Vamos ahora a levantar nuestros corazones al Corazón Glorioso y Traspasado de Nuestro Señor Jesús Cristo durante este sacrificio Eucarístico. Ese Corazón, traspasado por la lanza del soldado romano, del cual brotó sangre y agua y es el signo de la inmensa e incesante efusión de su amor por nosotros en la Iglesia, de una manera particular, en la llamada a la virginidad consagrada. A medida que elevamos nuestros corazones para colocarlos, a través del Sacrificio Eucarístico, en su Corazón glorioso y traspasado, vamos a pedirle la gracia de ser purificados de todos nuestros pecados. Vamos a pedirle la fuerza del Espíritu Santo, que nunca cesa de fluir desde Su corazón abierto, de modo que, cada uno en nuestra propia vocación en la vida, y, de una manera muy especial, que Magalis en la llamada a la virginidad consagrada, pueda amar como Cristo ama, pueda amar a Dios Padre, que pueda amar a todos sus hermanos y hermanas, con pureza y desinterés, la pureza y el desinterés de nuestro Señor Jesucristo, su Esposo.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.